

Justo a tiempo

Sergio Hernán Quintero

CAT Ibagué – Semestre X
Lic. Lengua Castellana

“¿La veré hoy?”, se pregunta mientras termina de calzarse. Sale perfumado y con la ropa bien planchada. Su cabello engominado repele el viento mañanero. Camina sin prisa hasta el paradero. Sabe que aún tiene tiempo. Dos meses atrás la vio por primera vez. Desde entonces, Manuel ha trabajado arduamente para hacer los respectivos cálculos y hace un mes logró determinar el minuto exacto en el que ella sube al bus. Hoy siente una seguridad y confianza que antes nunca había sentido.

Manuel toma el autobús y escoge una silla en la mitad, junto a la ventana. Así puede alternar entre verla a ella y apreciar el paisaje urbano. Da un vistazo a su reloj. Faltan todavía ocho minutos. Suspira. Se concentra en las calles que van quedando atrás. Algunos pasajeros suben y van llenando los puestos desocupados y Manuel va llevando la cuenta “Cinco, cuatro, tres, dos, sólo queda uno” “¿Un puesto para ti!” Se angustia. Todo se vendría abajo si alguien más sube al bus. Mira el reloj. Faltan cinco minutos todavía. Es mucho tiempo. En cinco minutos puede llenarse el bus. Comienza a pensar en todos los planes que ha trazado en su mente para una situación como ésta. Uno de ellos, es asomarse por la ventana y gritarle a las personas que no se suban, que el conductor está manejando como loco.

Otra opción es comprarle el puesto a otro pasajero. Mira el reloj. Cuatro minutos y medio. Comienzan a sudarle las manos. El semáforo está en rojo. Adelante se encuentra un puente y el conductor se ha ubicado del lado izquierdo de la vía. Por ahora no hay peligro. Nadie va a subir. Un señor que está justo detrás de Manuel, acomoda su bastón contra el piso del bus. “Se va a bajar” piensa Manuel y siente alivio. El semáforo cambia a verde. Suben el puente y el señor del bastón se va levantando. “Sí, efectivamente se va” Manuel se tranquiliza y su ansiedad disminuye. El desconocido se baja. Manuel mira el reloj. Faltan cuatro minutos.

Una señora de avanzada edad sube al bus con movimientos lentos. Los nervios vuelven a apoderarse de Manuel. Mira su reloj. Tres minutos y cuarenta y cinco segundos. Sin embargo, sabe que vienen dos cuadras en las que nadie sube porque son lotes baldíos y por seguridad nadie espera el autobús allí. Aprovecha este lapso para repasar por última vez el guión que ha elaborado. “Hola. He notado que siempre tomamos el mismo bus. ¿No te parece mucha coincidencia? Pienso que debemos aprovechar ese juego del destino. ¿Me regalas tu número?” Manuel había memorizado estas líneas luego de pensar por varios días cuáles serían las palabras adecuadas. Está seguro de haber elaborado un discurso elegante y preciso. Se bajan dos personas. Se baja el señor que hasta hace uno segundos estaba a su lado. Mira su reloj. Faltan tres minutos. Repite mentalmente el discurso para asegurarse de haberlo memorizado. Mira su reloj. Faltan dos minutos y veinte segundos.

Manuel intenta distraerse recordando los primeros días. El juego de miradas, las contorsiones para lograr encontrarse con sus ojos en medio de los pasajeros que iban de pie; sus ensoñaciones al imaginarla entre sus brazos. Mira su reloj. Falta un minuto. Cierra los ojos para imaginar nuevamente cómo será el encuentro. Los abre. Mira su reloj. Faltan diez segundos. Estira con la mano su camisa. El bus se detiene. Ella sube, busca un lugar desocupado. La decisión de ella no estaba calculada.

